



Carlos Díaz

Cuando
tu sufrimiento
y el mío
son un mismo
sufrimiento

La vida como sanación compasiva



DESCLÉE DE BROUWER

Carlos Díaz

Cuando tu sufrimiento y el mío
son un mismo sufrimiento
La vida como sanación compasiva



Desclée De Brouwer

© Carlos Díaz, 2018

© EDITORIAL DESCLÉE DE BROUWER, S.A., 2018

Henao, 6 – 48009 BILBAO

www.edesclée.com

info@edesclée.com

 EditorialDesclée

 @EdDesclée

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos –www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain

ISBN: 978-84-330-2974-4

Depósito Legal: BI-571-2018

Impresión: Itxaropena S.A. - Zarautz

**Cómo aprender a decir “no” en casa,
en el trabajo y con los amigos**

Descárgalo gratis en edesclée.info con el código:

DECIRNO2974

Índice

Prólogo nada inocente	11
1. Echar la culpa al cuerpo es despreciarlo, abandonarse a él también	17
1. Una buena terapia para el cuerpo, contra dos malas: la idealización y la banalización	17
1.1. El planteamiento del cuerpo en la cultura judía.	17
1.2. La granja de los animales como reacción	21
1.3. ¿Por qué resulta tan difícil vivir el cuerpo con calidad amorosa?	26
1.4. ¿Cómo tratar bien al cuerpo del hombre sin maltratar el corpus Christi?	28
2. El cuerpo y la magia de la vida	39
1. Amar la vida emocionadamente.	39
2. La inteligencia emocional: el mundo de los estados emotivos y sus indicadores somáticos.	44
2.1. Creamos la realidad cuando actuamos con razón cálida	50
2.2. Creándola, la contagiamos	56
3. El conocimiento de los propios sentimientos	58
4. Para una terapia emocional grupal.	61

CUANDO TU SUFRIMIENTO Y EL MÍO SON UN MISMO SUFRIMIENTO

5. El humor, inteligencia emocional o razón cálida terapéutica . . .	69
6. Sobre el abrazo corporal como lugar de adensamiento del logos terapéutico	71
7. La vida es un trabajo que hay que hacer de pie.	75
8. Lo mágico esté contigo, puedes ir en paz	88
3. La vida como pasión compasiva: cuando tu sufrimiento y el mío son un mismo sufrimiento	93
1. La fuerza vital del sufrimiento compartido, centro de la terapia personalista comunitaria	93
2. Me dueles porque tu dolor despierta el mío	98
3. La pasión apasionada de la terapia personalista	99
4. Una psicología del encuentro y una esperanza pese al desencuentro	103
4.1. El mal de desesperanza, ruptura de toda relación	105
4. Organizar la compasión que nace del corazón.	111
1. Hospitalidad que genera comunidad	111
2. Cada uno refleja, si el grupo es creativo, el dolor y la salud del otro	115
5. "He sido constantemente acusado de sobrestimar al hombre situándole en un pedestal demasiado alto"	121
1. ¿Es todo una mierda?	121
2. Seremos polvo, sí, mas polvo enamorado. Sentido del sufrimiento con sentido	124
3. Logoterapia y análisis existencial	131
4. El honorable y modesto truco de la intención paradójica	138
4.1. Intención paradójica versus neurosis de ansiedad	141
4.2. Intención paradójica versus neurosis obsesiva.	141
4.3. Intención paradójica y neurosis sexual	143
5. De la logoterapia al logoterapeuta.	144

ÍNDICE

6. Cuando el sufrimiento es de muerte	151
1. Tiempo, sufrimiento, y muerte	151
1.1. El tiempo, la añoranza	151
1.2. El tiempo, la caducidad	154
2. La ambigua muerte en la mentalidad de los antiguos	155
3. El horror a la muerte en la mentalidad moderna	159
4. La simulación de la muerte en la posmodernidad	162
5. El tour de la muerte y sus etapas	164
6. Leer el morir desde el vivir, no la vida desde la muerte	169
6.1. Por la muerte no cabe preguntar de una forma meramente conceptual	170
6.2. Preguntar por la muerte no es preguntarse por el morir concreto	170
6.3. La vida no se contrapone a la muerte, sino al cese de la vida	171
6.4. ¿Mors certa, vita incerta? Si nada sé de la muerte del yo, menos aún de la del tú	171
6.5. La muerte no nos confronta con la nada, sino con la ignorancia total respecto de todo	172
6.6. La muerte nos enfrenta con el miedo, la angustia y la depresión, así como con sus contrarios: fortaleza, serenidad, salud espiritual	173
6.7. Entre muerte-esclavitud por una parte, y vida-libertad por otra, no cabe otra relación que la de exclusión	173
6.8. Desde el cuidar pierde la muerte su desesperación, su amenazante fealdad.	174

Prólogo nada inocente

*Lo que tú haces no es más
que lo que tú querías
hacer mientras lo haces.*

Uno de mis colegas, y sin embargo amigo, muy inteligente y gran filósofo, aunque a veces un poco oscuro y demasiado francés, Jean Luc Marion, responde así a una entrevista sobre la crisis de hoy: “La crisis actual ya no es una crisis entre razón y fe, sino entre la razón y su racionalidad, concretamente su modo de racionalización. Todos creen en la razón, pero se trata de una razón muy superficial y totalmente impotente. Existe una lógica del gesto amoroso, que es diferente de la que se utiliza en el contexto de las ciencias exactas. La primera evidencia es que yo no soy nada si no soy amado. Es un punto fundamental que indica que ser amados no es una opción, sino una necesidad incondicional, aunque no constituya un derecho. Pero la pretensión de ser amados a toda costa conduce por sí misma a la guerra, pues entraré en conflicto con los que no quieran o no puedan amarme, y por lo tanto haré uso de la violencia para que me amen. Este conflicto, o bien se eterniza hasta la muerte, o bien me hace comprender que no podré conseguir que me amen sin renunciar a ser amado como condición para amar yo primero. Podría decirse

que de esta manera pongo entre paréntesis la exigencia de reciprocidad. También sirve para definir el amor de Dios. Dios nos ama primero. Pero a partir de la modernidad la filosofía no ha centrado nunca su atención en esta forma primordial de conciencia que es la conciencia amorosa. El ser humano es precisamente libre porque existe un don en el origen, un don que le precede. La educación depende de la certeza de que el que habla dice la verdad, y lo que al niño le interesa es conocer esa verdad. Hay algo que transmitir, hay que poner al niño en contacto con una realidad más grande que él y que no depende del profesor”¹. No puedo estar más de acuerdo. Todos necesitamos personas que sean oasis donde descansar, un desierto con palmas de vida, una catedral hecha de piedras destinadas a ser góticas o románicas. Las piedras componen la catedral, y esta ennoblece a cada una de las piedras, pues ellas seguirán siendo piedras de una catedral.

Nuestra inteligencia existencial es una catedral hecha con mágicas sillerías, arbotantes de arco de caza, gárgolas oníricas, columnas y vidrieras luminosas; no solo es digital (conceptual), sino analógica (lenguaje no verbal, gestual, afectivo), e incluso militante. La “lógica” de la palabra, el buen deducir e inferir unas premisas de otras, ayuda, pero no da la sabiduría. Hay un *lógos* en la razón que, siendo teórico, encuentra su cumplimiento pleno en la práctica vital. Sus dos rasgos básicos son *la potencia* y *la coherencia*. Vayamos primero a la cuestión de la *potencia*. Etimológicamente hablando, *logos*, del verbo *legein*, es un término muy rico y con multitud de sentidos, pero expresa ante todo *capacidad*, potencia para reunir lo disperso y para dar sentido a lo incoherente. Algo así como la poesía, que en su matriz griega también quiere decir *fuerza*, *poder*, y cuya antítesis es la incapacidad, la impotencia. Por eso mismo significa también

1. MARION, J. L.: “La irracionalidad de una racionalidad sin razón”. En *Huellas*. Litterae Communionis, Madrid, 2007, pp. 66-70.

coherencia, completitud, totalidad, eso mismo que el término alemán *Gestalt* expresa. Lo contrario sería el *analfabetismo*, es decir, esa incapacidad (*an*) de comenzar por el principio (*alfa*) y de continuar en secuencia (*beta*, segunda letra del abecedario). El analfabeto, si llega a saber lo que es el *alfa*, se desentiende de la *beta*, de ahí su incoherencia. En el analfabeto todo es incoherencia, desazón, enmarañamiento, lo que le lleva a tomar causas por efecto y a la inversa.

Esta *logo-terapia* holista o global es al mismo tiempo *personalista* y *comunitaria*. El *logos* terapéutico mira lo real de forma integral, el *uni-verso* como *multi-verso*, no pudiendo haber psicología *uni-versalista* (ni uni-versitaria) sin este rudimento esencial. Si él faltase, cualquier cosmovisión se tornaría cruel ideología imperial del todo a costa de todo y de todos, así como desconcierto de los individuos echados a perder como multiversos multiadversos. *Brevemente: decir logoterapia y decir terapia humanista son una misma cosa.*

Y vengamos ahora a la logoterapia como potencia para cuidar. *Therapeuo* significaba en los hospitales griegos originarios de la época de Asclepio *cuidar lo divino que se manifiesta en lo humano*. Junto a este verbo usaban otros parecidos los griegos, todos los cuales significaban mirar sanando. *Terapia*: capacidad para sanar, e incluso para salvar. Por contrapartida, la terapia del sanado agraciado consistía en crecer en la capacidad de agradecimiento a sus bienhechores. Se consideraba concluida la terapia cuando esta gratitud hacia el sanador se extendía sin excepciones: para encajar el mal, para perdonarlo, para sublimarlo, para reasumirlo, para *re-vivir* ahora como un ser humano renovado, un hombre nuevo. La sanación de raíz transformaba la *dis*-capacidad en capacitación de las *diferencias* propias de la *dif*-capacidad. Todo esto entraña una profundísima resignificación de la razón terapéutica: ahora los ciegos ven, los sordos oyen, los paráliti-

cos caminan, las gentes han ganado terreno a sus enfermedades y enfermerías para hombres *in-firmes*, vacilantes, caedizos, desequilibrados. Terapia quiere decir ahora *paso de la exclusión a la inclusión*, de la *uni* a la *multidireccionalidad*. Desde ese momento, las situaciones límite no tienen por qué ser automáticamente límites de nuestro sentido. *Límite* y *limitación* no son lo mismo, aquello es algo objetivo, esto algo subjetivo (la parte insana del cuerpo sano). *El límite es elástico, detrás del límite está la esperanza*. Para ello algunos trabajamos *de cutio, continuamente*.

Es el presente un libro de propuestas ordenadas a la reestructuración de personas. También en los países prósperos y tranquilos el dolor, las crisis de sentido y el vacío antropológico llevan a los pudientes al costado del psiquiatra o del psicólogo; según rezaba aquella famosa serie televisiva, *los ricos también lloran*. Por unos motivos o por otros, o por ambos, lo cierto es que del paisaje humano no falta el llanto. La sociedad, por el mero hecho de serlo, diagnosticaba Freud en *El malestar en la cultura*, tiene mucho de enfermiza porque surge de la inevitable autocensura de cada uno para no atropellarse entre sí; solo el hipotético buen salvaje de Rousseau hubiera podido ilimitar su libertad sin restricciones y sin miedo a chocar con ningún otro semejante.

Nuestras páginas, centradas en la persona, que no es ni “intelectual”, ni “afeminada”, ni “occidentalizada”², se saben pertenecientes a las *ciencias de la salud*, de cuanto sana y salva (*heilen*), y nacen como tantas otras nuestras de la persuasión firme de que existen en el ser humano muchas más cosas dignas de admiración que de menosprecio, y en todo caso creen que donde abunda el mal humano sobreabunda la esperanza de bien: “Un atardecer de 1947, mientras iba caminando de una aldea de Italia a otra,

2. Cfr. MEARNS, D.; THORNE, B.: *La terapia centrada en la persona hoy*. Ed. Desclée De Brouwer, Bilbao, 2003, pp. 131 ss.

vi a un hombrecito inclinado sobre su tierra, trabajando todavía afanosamente, casi sin luz. Su tierra labrada renacía a la vida. Al borde del camino se veía todavía un tanque retorcido y arrumbado. Pensé qué admirable es a pesar de todo el hombre, esa cosa tan pequeña y transitoria, tan reiteradamente aplastada por terremotos y guerras tan cruelmente puesta a prueba por los incendios y naufragios y pestes y muertes de hijos y de padres”³. Fantástico Sábato: “Hasta que la angustia lo despierta, aunque lo despierte a un universo de pesadilla, tambaleante y ansioso busca el hombre nuevamente el camino de sí mismo en medio de las tinieblas. Algo le susurra que a pesar de todo es libre o puede serlo, que de cualquier modo él no es equiparable a un engranaje. Y hasta el hecho de sentirse mortal, la angustiosa convicción de comprender su finitud, también de algún modo es reconfortante, porque al fin de cuentas le prueba que es algo distinto a aquel engranaje indiferente y neutro: le demuestra que es un ser humano. Nada más y nada menos que un hombre”⁴. Sí, fantástico Sábato: “Lo admirable es que el hombre siga luchando a pesar de todo y que, desilusionado o triste, cansado o enfermo, siga trazando caminos, arando la tierra, luchando contra los elementos, y hasta creando obras de belleza en un mundo bárbaro y hostil. Esto debería bastar para probarnos que el mundo tiene algún misterioso sentido y para convencernos de que, aunque mortales y perversos, los hombres podemos alcanzar de algún modo la grandeza y la eternidad. Y que, si es cierto que Satanás es el amo de la tierra, en alguna parte del cielo o en algún rincón de nuestro ser reside un Espíritu Divino que incesantemente lucha contra él para levantarnos una y otra vez sobre el barro de nuestra desesperación”⁵.

Nacen asimismo nuestras páginas de la convicción de que

3. SÁBATO, E.: *Obras completas*. Ed. Espasa Calpe, Buenos Aires, 1996, p. 163.

4. *Ibid.*, pp. 316-317.

5. *Ibid.*, pp. 168-169.

ayudar a sanar a los demás es también ayudar a sanarse a sí mismo, pues *pretender salvarse sin los demás constituye una vergüenza, y además una derrota de la salud*. Pero la salud no es solo una estación de llegada, sino además un modo de viajar en la vida, aunque sea cargando con la enfermedad. La peor situación acaso contenga la simiente de la mejor; si vivimos una crisis como una oportunidad, la vida no se nos vuelve más fácil, pero sí más plena; cuando se llora con mucha pena, las lágrimas son de plomo, pero si el llanto es de alegría entonces las lágrimas son casi volátiles. Como sabiamente dijera Quevedo, no hay espectáculo más digno de atención divina que la lucha de un pecho generoso con la adversidad. Con semejante trasfondo permanente, que es el de un cierto optimismo trágico, las palabras concretas que siguen pretenden *ofrecer algunas pistas de salvación y de sanación*.

El gran Ortega y Gasset escribió en cierta ocasión lo siguiente: “Un poco de luz vamos a buscar. No se espere, por supuesto, cosa mayor. Doy lo que tengo; que otros capaces de hacer más hagan su más, como yo hago mi menos”⁶. Y si eso dice el maestro, a nosotros solo nos queda hacer nuestro su propósito y ratificarlo con el siempre cáustico J. L. Borges: “Si las páginas de este libro consiente algún verso feliz, perdóneme el lector la descortesía de haberlo usurpado yo previamente. Nuestras nada poco difieren; es trivial y fortuita la circunstancia de que seas tú el lector de estos ejercicios, y yo su redactor”⁷.

6. ORTEGA Y GASSET, J.: *El hombre y la gente*. Alianza Editorial, Madrid, 2014, p. 76.

7. BORGES, J.L.: “Fervor de Buenos Aires”, 1923. En *Escritos dispersos*. Ed. La Letra, Buenos Aires, 2014.

1

Echar la culpa al cuerpo es despreciarlo, abandonarse a él también

1. Una buena terapia para el cuerpo, contra dos malas: la idealización y la banalización

1.1. *El planteamiento del cuerpo en la cultura judía*

En la antropología hebrea más antigua y común del Antiguo Testamento, el cuerpo es designado con el término general *basar*, que cubre prácticamente todo el ámbito de la corporeidad. En sentido propio, *basar* sirve para designar la carne como parte blanda y mollar del cuerpo de hombres y animales, también la carne que sirve de alimento. Descrito a grandes rasgos, el individuo humano aparece como un cuerpo cubierto de carne y piel, sustentado por el entramado de los huesos y tendones, regado vitalmente por la sangre, animado por la *nefesh*, guiado por el corazón y por los riñones como sede de los sentimientos y las decisiones, y potenciado por el espíritu. Además, el pensamiento bíblico no lo entiende como un todo cerrado y definido en sí mismo. La persona queda aquí situada, no a partir de ella misma, sino atendiendo a los puntos de relación que determinan su lugar en el mundo. Esos puntos son principalmente la comunidad humana en la que nace, la naturaleza en la que vive y trabaja, y sobre todo Dios ante quien el individuo está llamado a responder en todo momento. Habiendo fijado su relación con estos puntos, se planteará luego el hombre

bíblico la pregunta sobre sí mismo. En este segundo momento –segundo en la maduración de la persona y también en la línea de evolución del pensamiento hebreo a través de los siglos–, se produce un cierto movimiento de repliegue hacia el sujeto en busca de su individualidad como pretendiendo recuperar el ser más personal liberándose de la dependencia esencial respecto de los demás¹.

El cuerpo no es límite. La persona bíblica es básicamente relación. Por eso la corporeidad, la carne en sentido bíblico, pasa al primer plano. Incluso la relación con Dios se expresa a través del cuerpo: “Oh, Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo; mi alma está sedienta de ti; mi carne tiene ansia de ti”², “me saciaré como de enjundia y de manteca”³, “mi corazón y mi carne retozan por el Dios vivo”⁴. Aun teniendo en cuenta el valor relativo para la antropología de tales expresiones idiomáticas, resulta llamativo que Dios pueda ser anhelado ansiosamente “por la carne”. El cuerpo no es considerado negativamente, pues es capaz también de afectos espirituales, ni tampoco imaginado como revestimiento externo que delimita y rebaja el espíritu; más bien es visto como condición permanente de relación y expresión de la persona, puesta en tensión relacional hacia el encuentro con los otros: hasta con sus órganos interiores –corazón, riñones– salta hacia fuera. Por eso el cuerpo humano puede ser mirado, descrito, cantado sin vergüenza.

Dentro del lenguaje sobre la persona se enfatizan en particular los órganos de la comunicación: *rostro* (término mucho más utilizado que el equivalente intelectualista griego “cabeza”), *oído* (la oreja como órgano receptivo de la comunicación, que permite ini-

1. LAJE, F.: “La imagen bíblica del cuerpo”. En *Revista Communio*, Madrid, 1985, pp. 543 y ss.

2. *Salmo* 63, 1.

3. *Salmo* 63, 6.

4. *Salmo* 84, 3.

ciar el diálogo), *boca*, y más explícitamente *labios*. En el Antiguo Testamento ninguna actividad humana posee un espectro semántico tan diferenciado y copioso como el *hablar*, pues se encuentran verbos para casi todos los matices: decir, llamar, hablar, ordenar, enseñar, instruir, corregir, acusar, jurar, bendecir, maldecir, cantar, exaltar, confesar, rezar, gritar, lamentar, murmurar.

Rompiendo con este esquema hebreo, San Pablo, en el siglo I, traduce ordinariamente *basar* por *sôma*, *sarx* (la *carne*) en un sentido negativo para designar al hombre empecatado: “Las tendencias de la carne llevan a la enemistad con Dios”⁵. Y así no pocos textos paulinos⁶ dieron pie para una minusvaloración o descalificación de la carne (“los enemigos del alma son tres: mundo demonio y carne”, se nos hacía estudiar de pequeños en la católica España, que según Menéndez Pelayo era “martillo de herejes y espada de la cristiandad”) especialmente en las épocas en que prevaleció una visión dualista del mundo y de la persona: bien-mal, alma-cuerpo, espíritu-carne. Es el dualismo típico de la filosofía helenística con Platón y Aristóteles a la cabeza, mantenido en el mundo occidental y cristiano hasta hace muy poco por la filosofía cartesiana. En efecto, a partir del siglo II a.C., cuando entra el pensamiento hebreo en contacto con culturas helenísticas y orientales de pensamiento dualista, para caracterizar la realidad personal se utiliza con frecuencia el término *gûf*, que etimológicamente alude a la cavidad corpórea y especialmente al vientre. En esta

5. *Rm* 8, 7.

6. Paulinos, pero también petrinus. En el contexto de la diatriba contra el epicureísmo y a favor del estoicismo (“una fricción del intestino, una emisión de mocos acompañada de una convulsión, eso es el orgasmo”, Marco Aurelio, *Pensamientos*, IV, 13), escribe San Pedro: “Su idea de placer es la francachela en pleno día... Asco y vergüenza... Se comen con los ojos a las mujerzuelas” (2 *Pe* 2, 12-14). En el tiempo de los escritos finales del Nuevo Testamento se atacaba la expresión *placer de la carne* (*hedoné sarkós*) debida a Epicuro. Pero este exigía que el placer estuviera regulado por la razón. La popularización de sus principios hizo que se olvidaran tales cautelas.

nueva antropología el cuerpo es considerado como un espacio vacío que sirve de receptáculo al alma, llegándose al menosprecio de lo corporal, tachado de concupiscente. Expresiones tales como *concupiscencia de la carne*, o *concupiscencia de los ojos* hubieran sido extrañas en el contexto del Antiguo Testamento. Entre los Padres Apostólicos la carne será presentada antropológicamente como lugar de perversión. La *Didajé* (1, 4) exhorta a “abstenerse de las concupiscencias carnales”. San Gregorio Nacianceno ha dejado toda una oda *Contra la carne*, en la cual se dice de todo: “carne pernicioso, diabólica, viciosa, infiel, indómita, sepulcro y cadena del alma”. Finalmente la gnosis, la de ayer y la de hoy, considerará lisa y llanamente a la carne como principio de todo mal. Uno de los personajes de la novela fantástica C. S. Lewis, *That hideous strenght*⁷, se imagina un mundo radicalmente nuevo, en que el espíritu humano habría alcanzado un estadio de su evolución tal, que podría servirse de un sustrato menos grosero que el cuerpo humano sexuado, cuyo delirio se crispa en el paroxismo orgásmico. De este modo lo ideal para el hombre sería cantar inmutablemente en el coro de los ángeles, ser ángel.

En su fascinante estudio sobre *Los demonios de Loudun* analiza A. Huxley el efecto que tuvo en aquellas generaciones una antropología tan pobre como la señalada. Como anécdota que refleja de manera mordaz esta realidad, recordamos que uno de los personajes femeninos de una famosa novela de Gabriel García Márquez recibió de su director espiritual antes de contraer matrimonio un calendario en el que aparecían tachados con tinta morada los días en que debía abstenerse de toda relación sexual, por todo lo cual “su anuario útil quedaba reducido a 42 días desperdigados en una maraña de cruces moradas”. Desgraciadamente no se trata de una caricatura. Muchos mora-

7. LEWIS, C. S.: *That hideous strenght*, capítulo 7, p. 3.

listas prohibían las relaciones sexuales casi todos los días de la semana: el domingo, por conmemorar la resurrección de Cristo; el lunes, por ser consagrado a los difuntos; el jueves por conmemorar la pasión de Jesús; el viernes, para conmemorar su muerte; y el sábado, para honrar a la Virgen. ¡Solo el martes y el miércoles resultaban hábiles... para los más hábiles!

1.2. *La granja de los animales como reacción*

Y este menosprecio de la carne, y especialmente de su sexualidad, la carne más recalentada, como principio de todo mal también explica por reacción, ahora que se suprime la tauromaquia, la fronda de cuernos. Charles Fourier llegó a censar ochenta especies de maridos engañados: cabrón en ciernes, cabrón imaginario, cabrón marcial, cabrón fatalista, cabrón mental, cabrón recíproco, cabrón propagandista, cabrón portaestandarte, cabrón místico, todos ellos repartidos en tres clases: cornudos, cornúpetas y acornados, y subdivididos en trece géneros, que van desde la vanguardia de la derecha hasta la retaguardia de la izquierda. Dicen que el antílope macho de Asia se rodea de cien hembras; por eso tiene unos cuernos enormes: para gozar de esa corte tuvo que eliminar a muchos pretendientes. Pero ese número sigue siendo muy inferior al alcanzado por el sabio rey Salomón, que tenía setecientas esposas y trescientas concubinas. Era un deportista, evidentemente⁸. Y, junto a este trasiego, para anular el menosprecio de la carne se produce una frontal reacción hacia un absoluto chovinismo del cuerpo, una fatal tiranía: *my body, right or wrong*. Y eso, si hay suerte, pues “los años de nuestra vida son unos setenta, y ochenta si hay vigor”⁹.

8. Cfr. el ingeniosísimo libro de HADJADJ, F: *La profundidad de los sexos. Por una mística de la carne*. Editorial Nuevo Inicio, Granada, 2009, p. 132.

9. *Sal* 90,19.